

Precio de suscripción

→*←

En Lorca, mes . . . 0,40 pesetas.

Fuera > . . . 0,50 »

EL OBRERO

Redacción y Administración

Corredera, 54.

→*←

No se devuelven los originales

ÓRGANO DEL CENTRO OBRERO**UNO PARA TODOS****SE PUBLICA LOS JUEVES****TODOS PARA UNO**

PARA LA OPINIÓN

No es anónimo aquello cuyo origen se conoce y no se oculta. No eran anónimos los artículos *Robo en cuadrilla* y *Por una sola vez*, puesto que Lorca entera sabía quien era, de entre los redactores de EL OBRERO, el autor de ellos.

No puede ser anónimo lo que en un periódico se publica, para los efectos de la impunidad, porque todas y cada una de las líneas que en un periódico se estampan llevan tácitamente la firma de su director y redactores. Ni es lícito sospechar la declinatoria de responsabilidades en quien siempre supo hacer frente decorosamente á las suyas.

Mi mayor garantía, en esta como en todas las ocasiones de mi vida, ha sido la publicidad de mis actos, y mi mayor tranquilidad la aprobación que el público se ha servido prestarles. No había, pues, necesidad de que yo pusiese mi firma á mis escritos, ni para conocimiento de la opinión, ni para que se concretara la persona en quien habría de recaer la responsabilidad de cualquier índole que aquéllos produjesen. Por otra parte, mi firma y mi nombre, aunque humildes, no podían ponerse frente á otra firma ú otro nombre que no fuesen honrados.

Mas, ocurrido lo ocurrido, al recibir EL OBRERO tantas y tan explícitas adhesiones personales, al recoger en sus columnas tan copiosas protestas firmadas contra el brutal agravio, no quiero yo que mi nombre deje de obtener el honor de ir junto al de mis compañeros, junto al de mis amigos, junto al de los rectos ciudadanos que ofrecen espontáneamente sus homenajes al decoro social. Y esta es la única razón de que mi firma aparezca ahora.

Bien mirado, hay más para congratularse que para sentir en todos estos sucesos, porque si de una parte presentan la llaga, de la otra ofrecen el remedio, si de un lado muestran la degradación humana,

realzan del otro la humana hidalguía; y todo lo que repugna, contrista y avergüenza ver á un hombre con el freno de la prudencia roto, con el dique de la urbanidad derribado, suelto de lengua, desnudo de pudor y abito de descaro, todo ello se compensa viendo á la opinión erguirse ofendida, mostrar con resuelta llaneza sus juicios, dando á cada individuo el fruto natural de sus sembraduras y poniendo tapaderas de dignidad en las fétidas letrinas morales.

El saneamiento social, como el individual físico, tiene inconvenientes, molestias y aun peligros que no son siempre evitables. Ya sabe el médico, cuando á ejercer su profesión comienza, que verá muchas lágrimas, oírá muy angustiosos gritos de dolor y hasta se expondrá á contagios mortíferos, y que con todo ello habrá de pechar en su misión humanitaria. Lo mismo sabe el periodista honrado, dispuesto á sostener el tesón de sus censuras implacables, que le acecharán las diatribas del enemigo perverso, las calumnias, las desvergüenzas y las procacidades del hampa alta y baja, y que contra todos esos enconos malvados habrá de llevar su obra hasta al fin, á no incurrir en la vituperable cobardía de abandonarla. Quien remueve la cloaca por fuerza tiene que padecer sus hedores. Pero todos los dardos enemigos, por grandes desgarraduras ó dislaceraciones que ocasionen, nada son ni nada significan cuando se tiene una firme voluntad y un cimiento macizo en la opinión de las personas decentes.

Nuestra labor ni puede entorpecerse con obstáculos extraños, ni puede ser acallada con insultos. Continuará su camino y cumplirá, por cima de todo, el objeto que se propuso.

M. RODRÍGUEZ VALDÉS.

MI ADHESIÓN

Ocurrió el suceso escandaloso conocido por el robo de la carreta de trigo, del cual tienen conocimiento los lectores de EL OBRERO.

Dió cuenta del hecho el diario *El*

Demócrata calificándolo entonces con alguna dureza y hasta haciendo constar que habían sido muy bien recibidas por la opinión las enérgicas disposiciones del juez interino Sr. Paredes. Ocupóse á su vez nuestro semanario del mencionado robo en un artículo titulado «Robo en cuadrilla» calificando el suceso merecidamente; y con gran indignación de todos, pero sin sorpresa, porque se trataba de periódico como *El Demócrata*, se vió después como trataba dicho diario de desvirtuar lo dicho por EL OBRERO en cuestión que tanto afecta al orden social; á los argumentos sólidos, claros, contundentes de EL OBRERO, á la protesta viril, correcta y justísima, de una pluma tan brillante como honrada, no opone el conocido diario razones y argumentos, si no que vierte frases á las que la malidecencia pueda dar alguna acomodaticia interpretación; anuncia un hecho que por ser supuesto no ha de realizarse y con el que cree herir al autor del brioso artículo, recordándonos con ello aquel que por ahogarse en lodo quería salpicar con él á la Humanidad entera.

Lo he dicho en más de una ocasión y he de repetirlo aquí, por que yo tengo el convencimiento de mis ideas y el valor de sostenerlas; anhelo el posible perfeccionamiento social; trabajo por él con fé creciente en la medida de mis humildes fuerzas; desearía la regeneración del culpable más bien que su castigo y no quisiera el mal ni para mis propios enemigos. Pero cuando el delincuente trata de erigirse en juez, cuando el inconsecuente pretende fustigar é la consecuencia, cuando el que faltando á la razón, á la justicia y á la equidad pretende pasar por modelo de perfecciones y poner cátedra de moralidad, entonces, brota con mi indignación mi protesta más enérgica. No puede ser, no; es justo, es legítimo que la sociedad distinga á los hombres por sus actos, por sus virtudes. Lo reclama así, no sólo el más elemental principio de justicia, sino el propio instinto social. Es indispensable, por que sin ese estímulo la sociedad sería una horda salvaje.

Entre *El Demócrata* y EL OBRERO como entre los autores de los diferentes artículos de uno y otro periódico, no cabe hacer comparaciones, porque si estas resultan siempre odiosas, en esta ocasión resultan á más de odiosas ofensivas. El gusanillo que quemó sus alas de mariposa en la llama de todos los

altares y sólo puede aspirar á arrastrar su pobre ser puede medirse con el Águila caudal que remonta al infinito el vue o? No; cada uno es hijo de sus obras; á un lado *El Demócrata* y los que como él piensan, obran y sientan; á otro lado los que, aún cuando pese á *El Demócrata*, podemos arrojar la primera piedra. Pensar ya en extraviar la opinión para cualquier campaña injusta en países que como aquí todos nos conocemos, es tiempo perdido; pretender engañarse á sí mismo es vano empeño.

Y cuando *El Demócrata* ha atacado á cualquier personalidad, haciéndolo casi siempre con carácter personalísimo, ha tenido siquiera la escusa, el pretexto, el fundamento, si cabe, de hacerlo en nombre y beneficio del país y contra alguno de los que políticamente eran censurables; pero en este caso ¿contra quién trata de arremeter? ¿en nombre de qué? Es, por cierto edificante, ver como *El Demócrata* sobradamente conocido de todos, por procedimientos que le son propios, trata de mermar prestigios merecidísimos, de saudir su brocha sobre un nombre que es ya una legítima esperanza de los lorquinos, de ahogar con los chillidos extridentes de su impotencia, la voz honrada de la razón.

Yo tengo á grande honor adherirme á lo manifestado por EL OBRERO en esta cuestión protestando, como orquino y como hombre honrado, de cuanto sea cobardo, insidioso é indignos procedimientos.

ALFREDO SAN-MARTÍN.

DIRECTOR Y ZAPATERO

Calificado por un papel que se llama *El Demócrata* como nulidad literaria, aun cuando excelente zapatero, voy á hacer una aclaración, pues si bien las cosas deben tomarse como quien las dice, no es menos cierto que duele igual un golpe que una cox.

Cuando en junta general del Centro Obrero (á la cual concurrió y prestó absoluta conformidad el director de *El Demócrata*), se acordó la publicación de este semanario, fué también acordado que el director habría de ser siempre el presidente del Centro Obrero.